

Dermatología Venezolana acoge en este número en su sección Editorial, las palabras pronunciadas por el Presidente de la Sociedad Venezolana de Dermatología en la reciente reunión anual de junio de 1966 al tomar posesión de sus funciones la nueva Junta Directiva.

EDITORIAL

El éxito de esta reunión compromete una vez más a nuestra Dermatología. La Sociedad Venezolana de Dermatología, organismo centralizador de las actividades de la especialidad en el país y que precisamente en este mes de junio llega a su mayoría de edad cumpliendo los 21 años de existencia, debe necesariamente acoger la responsabilidad de ese compromiso y por ende quienes por mandato de la asamblea asumen funciones directivas.

Al tomar posesión de la presidencia de la Sociedad Venezolana de Dermatología, agradezco sinceramente a quienes depositaron su confianza en mi persona y me siento muy complacido de integrar un grupo directivo donde figuran tan destacadas personalidades de nuestra especialidad lo que indudablemente facilitará enormemente mi tarea, pues las cualidades que adornan a cada uno de los compañeros de Junta compensarán con creces las deficiencias que yo personalmente aportaré a esa gestión.

La Dermatología, nacida como especialidad a mediados del siglo pasado al desprenderse de la Medicina Interna, ha mantenido un ritmo de creciente intensidad y hoy se encuentra cabalmente estructurada en el concierto de las diferentes ramas de la medicina. Con una personalidad bien definida, con instrumentos de trabajo que le son propios, arrolladoramente se va transformando en especialidad científica y va dejando de ser simple aplicación de arte empírico.

Si bien es verdad que utiliza recursos también aplicables a otras especialidades, esos recursos, dentro de la Dermatología, cobran una individualidad que limita su interpretación exclusivamente para quien está debidamente entrenado y capacitado, es decir, para el dermatólogo. Así el patólogo general no puede en forma eficiente, desglosar los intrincados y minuciosos cuadros de la histopatología cutánea, ni el alergólogo puede hacer un diagnóstico diferencial satisfactorio en cada dermatosis que supuestamente alérgica le toca estudiar. Tampoco el internista puede precisar la naturaleza maligna o no de una erupción ampollar con la seguridad con que el dermatólogo lo hace ante una prueba de Thank o de una biopsia. A diario vemos cómo el dermatólogo encuentra parásitos,

protozoarios, hongos, etc., allí donde el más avezado laboratorista no pudo hallarlos y vemos también cómo el manejo terapéutico de las radiaciones ionizantes y de las corrientes de alta frecuencia, que de manera tan delicada y fina hace el dermatólogo, escapa a las posibilidades y a la disciplina del más competente fisioterapeuta.

La micología es uno de los más bellos ejemplos de como en manos de profesionales con criterio dermatológico da los mejores resultados.

Dentro de esa aparente facilidad con que la Dermatología muestra todas sus lesiones, se esconde una tremenda complejidad. Un libro también muestra sus páginas a todo aquel que lo mire, pero cuántos sabrán leer lo que dice y cuántos entenderán lo que leen.

Si bien es cierto que el avance de la dermatología en cien años ha sido sorprendente, no debe esto ser motivo de envejecimiento. Muchos son los aspectos que aún permanecen oscuros, muchos son los capítulos que deben ser desmenuzados, mucho es todavía el esfuerzo que está por realizar.

Nuestra Sociedad se remoja y hay mucha gente joven que hoy nos escucha. Quienes ya vamos dejando atrás los años de juventud, tenemos el deber de mantener vivo y de estimular el interés por la especialidad, tenemos el deber de recordar la permanente obligación de trabajar por ella, de engrandecerla y defenderla de quienes quieren arrancarle a dentelladas sus mejores bocados, para satisfacer sus propias necesidades.

Aquellos que comienzan el ejercicio de la especialidad, se darán pronto cuenta de que pocas veces se da la ocasión de desarrollar una más completa y más compleja. Pocas veces el clínico tiene la oportunidad de ser al mismo tiempo anatomopatólogo, cirujano, fisioterapeuta, etc. En pocas especialidades se conjugan tan armoniosamente la inmunología con la microbiología, la morfología con la fisiopatología, el laboratorio con la clínica, la indicación terapéutica con la posibilidad de ejecutarla.

El dermatólogo debe lograr una preparación total, redonda, lisa, sin dejar grietas ni asperezas por donde puedan introducirse o por donde puedan asirse quienes están interesados en aprovecharse de sus debilidades. Por consiguiente, el dermatólogo debe cada vez ser más internista, debe conocer cada vez más eficientemente los diferentes cuadros anatomopatológicos, debe dominar cada vez mejor las técnicas que la microbiología y la parasitología le ofrecen, debe saber interpretar cada vez mejor las respuestas del laboratorio, debe profundizar cada vez más las modalidades de la inmunobiología, para explicar mejor los diferentes aspectos de la alergia dermatológica. Debe prepararse en física y en radiaciones para que pueda aplicar idóneamente los aspectos de la fisioterapia a sus pacientes. Adentrarse por los escabrosos terrenos de la psiquis debe ser indispensable para poder comprender muchos de los problemas que a